

M A I M Ó N I D E S

Guía de los Descarriados

TRATADO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

*La escribió en árabe hacia el año 1190
el sabio Abu Imran Musa ben Maimún.
Selección española y estudio preliminar
por*

FERNANDO VALERA*

EDITORIAL ORIÓN, S.R.L de C.V.

MÉXICO, D.F.

1947

***Nota a la edición digital:** La edición impresa que se utilizó como base, contaba con numerosos errores de imprenta y de otro tipo. Con ayuda de una edición en inglés me tomé la libertad de corregir algunos errores de citas, párrafos incompletos, y unas pocas frases mal construidas cuyo sentido era demasiado oscuro, además de omitir el índice. Por lo demás, el texto es idéntico al original impreso. Es posible que algunos errores hayan permanecido, por lo que ruego vuestra comprensión.

ESTUDIO PRELIMINAR

I. — MAIMÓNIDES Y LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Cuando el Excm^o. e Ilustrm^o. Sr. D. Adolfo de Castro publicó en 1873 las OBRAS ESCOGIDAS DE FILÓSOFOS ESPAÑOLES, para la Biblioteca de Rivadeneyra, comentando el discurso preliminar del sabio académico, decía Don Juan Valera que "era cuestión importante y previa resolver si hoy o no una filosofía española". Y añadía: "Si por filosofía española hemos de entender el desenvolvimiento filosófico del pensamiento español en una dirección marcada, llevado a cabo por una serie o sucesión de pensadores cuyos trabajos se enlazan y completan, formando todos ellos un conjunto dialéctico"... "creo yo que no existe ni ha existido jamás tal filosofía española". "Grande es mi amor patrio, pero no me ciega hasta el punto de sostener que haya habido en España nada parecido a lo que se llama filosofía francesa, desde Descartes hasta el día; a lo que se llama filosofía alemana, desde Kant...; a lo que se llama filosofía griega, más completa, más enlazada dialécticamente en un desarrollo, desde Tales y Pitágoras hasta Sócrates, y desde Sócrates hasta los últimos filósofos alejandrinos".

Hay en la tesis de Don Juan Valera una imprecisión e incoherencia de que no suelen adolecer otros escritos suyos, frutos sazonados de una inteligencia clara, de una cultura vastísima, de un pensamiento organizado. En primer lugar, clasificar la filosofía nacional francesa y alemana, al lado de la griega, es ya un tanto caprichoso y antojadizo; porque la Grecia antigua no fue nunca nada parecido a una nacionalidad moderna. Fue sí una civilización común de pueblos relacionados por vínculos geográficos, raciales y lingüísticos; pero no una nación, en el sentido que se aplica la palabra cuando hablamos de España, Alemania o Francia. Las naciones; como

ideal y como estado político, son un producto de la Edad Moderna, que no es lícito asimilar a las civilizaciones y formas políticas de la antigüedad.

En segundo lugar, no deja también de ser arbitraria esa pretendida "unidad dialéctica" de las filosofías griega, francesa y alemana, que supone el gran humanista egabrense. En lo que atañe a la filosofía griega, la verdad es que, ni en el tiempo, ni en el espacio, se dio nunca esa evolución y desenvolvimiento orgánico de un solo pensamiento nacional. La unidad dialéctica ha sido creada **a posteriori** por los historiadores modernos, como Hegel, Victor Cousin, Zeller, Gompers, Schwegler, Messer, y otros, para dar sistema y método a la exposición del conjunto de los hechos historiados conforme al particular sentido dialéctico de cada historiador. Pero basta leer con atención y profundidad el copioso caudal de obras y referencias que de la filosofía griega nos ha legado la antigüedad, para percatarse de que está integrada por una floración copiosísima de escuelas diversas y de originales pensadores, muchas veces contradictorios entre sí, distintos y aun sin parentesco posible ni otra vinculación que la de haber escrito en una lengua común, aunque empleando las palabras con muy distintas acepciones. Los trabajos de John Burnet sobre los orígenes del pensamiento griego son, a este respecto, elocuentísimos.

En cuanto a la "filosofía francesa, desde Descartes hasta el día", nos permitimos objetar que ni todo el cartesianismo es filosofía francesa, antes bien el movimiento cartesiano tuvo por campo de batalla las universidades de los Países Bajos, Utrecht, Leyden, Groninga, Breda, a favor del nuevo sistema, y Lovayna como paladín de la antigua ciencia escolástica; ni toda la filosofía francesa es cartesianismo; ni el **Discurso del Método** es más ni

menos francés que el sensualismo de Condillac, o el romanticismo de Rousseau, o el positivismo de Comte, o el tradicionalismo de Ozanam, o el eclecticismo de Cousin, o el intuicionismo de Bergson. En territorio francés han germinado y en lengua francesa se han dicho pensamientos asaz diversos y contradictorios, desde Descartes al día, sin que pase de ser un artificio didáctico cuanto se haga por enlazarlos en una evolución homogénea o en un sistema dialéctico.

Lo mismo cabe decir de la llamada filosofía alemana. Antes de Kant, no dejó de haber allí gigantes del pensamiento como el místico Eckhart en la Edad Media o el coloro Leibnitz en el siglo XVII; tampoco después de Kant ha sido la filosofía alemana, a secas, el movimiento idealista que discurre a través de Fichte, Schelling, Hegel, Krause y Schopenhauer, pues también hubo materialistas como Büchner, realistas como Lotze, deístas como Fechner, historicistas como Diltey, monistas como Haeckel, etc. Por otra parte, no es en Alemania donde se encuentran los precursores del criticismo transcendental de Manuel Kant.

De igual manera, los filósofos españoles, como los de todas partes, no pertenecen a una escuela nacional que desde los aborígenes hasta nuestros días se haya ido desarrollando en un proceso dialéctico continuado. En la era del Imperio Romano, el filósofo español Séneca escribe en latín, y profesa un estoicismo a su modo. En la edad heroica del cristianismo, España produce mártires como Santa Eulalia, poetas como Prudencio, herejes como Prisciliano, y obispos como Osio que presidió el Concilio de Nicea donde se definió el Símbolo de la Fe; pero la ortodoxia de los cristianos y las discrepancias de los herejes son las mismas que encendían a la cristiandad toda. En la era bárbara tiene España un

San Isidoro, lumbrera del saber en una edad de sombras, mas su sistema es el enciclopedismo cristiano del venerable Beda, de Alcuino, de Scoto Erigena, de cuantos en todas partes se afanaban por conservar la ciencia antigua y salvar los residuos del naufragio de una civilización. En la Edad Media, toda la cristiandad experimenta un mismo desenvolvimiento dialéctico del pensamiento filosófico; ni Eckhart y Alberto Magno son filósofos alemanes; ni San Bernardo y Abelardo, franceses; ni San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, italianos; ni Ramón Martí, Lulio y Domingo González, españoles: Todos ellos van en la corriente del pensamiento católico, y sólo de manera arbitraria y convencional se puede pensar en adscribirlos a la filosofía de las naciones respectivas, en cuyo territorio actual vieron ellos la luz del sol.

Así también, la Reforma, la mística, el libre examen, el liberalismo, la revolución, el socialismo y tantas otras corrientes intelectuales que han brotado y discurrido por el mundo del pensamiento moderno, son movimientos que sólo convencionalmente o con fines didácticos pueden ser clasificados dentro de la pauta nacionalista. En realidad, Büchner, alemán, está más cerca del romano Lucrecio, o de los griegos Demócrito y Leucipo, de los teólogos Motacálimes musulmanes, o de los indios Gotama y Kanada, que de los idealistas alemanes, sus contemporáneos a su vez, Schopenhauer guarda más íntimo parentesco, por su panteísmo desolador con el Buddha y Vyasa, y por el voluntarismo con Avicebrón y Algacel, que con los racionalistas, armónicos o trascendentales, de su tiempo, país y lengua.

En suma, las naciones, en el sentido moderno de la palabra, son entidades del otro día, y la pauta nacionalista resulta ser demasiado angosta y reciente para que se pueda encuadrar en ella el movimiento de

la civilización y la dialéctica del pensamiento. Cuando se dice, pues, "filosofía española", parejamente o como cuando se habla de la francesa o de la alemana, no se puede significar más que una de estas dos cosas: Primera, filosofía escrita en lengua castellana; segunda, filosofía producida en el territorio que hoy es España y por hombres en él nacidos o educados.

Claro es que, aun sin existir todavía las naciones modernas, hubo en las edades antiguas y medias un fluir de civilizaciones y culturas que, al discurrir por el suelo y por las almas, fueron dejando huellas y gérmenes, echaron raíces, desplegaron enramadas, mezclaron el perfume de sus flores e hibridaron sus frutos. Y es esta solera en que se ha ido posando y condensado el aroma de tantas vendimias lo que constituye hoy el vino añejo del alma y del pensamiento de cada nación.

Rectificándose a sí mismo, dice Don Juan Valera en el capítulo III de su Ensayo sobre DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA: "De la musulímica y rabínica habla poco el señor Castro, y en verdad que fue filosofía tan española o más española que la de Séneca. Averroes, Maimónides, Avicibrón, Jehuda-ben-Leví de Toledo, y otros muchos, nacieron en España como Séneca, y sus doctrinas filosóficas tienen más de original y castizo que la del estoico gentil y grecoromano. Como filosofía, han tenido también las obras de los judíos y mahometanos citados mayor influjo en el mundo que las declamaciones morales del maestro de Nerón." "La cultura filosófica, científica y poética de los judíos en la Edad Media, en España, tuvo sobre todo un florecimiento tan extraordinario y de tal valor, que merecía que nosotros nos empleásemos en darle a conocer a nuestros compatriotas. En Francia y en Alemania se publican, se comentan, se traducen y se encomian las obras de los judíos españoles. En España poco se habla de ellas. Se diría que cuando

los expulsamos los quisimos expulsar para siempre, y borrar hasta su memoria de entre nosotros".

Así lo entendemos también. Cuando decimos que Maimónides es un filósofo español no lo clasificamos, naturalmente, como tal, desde el punto de vista idiomático; si nos atuviéramos a este criterio ni siquiera podríamos llamarle "filósofo judío español", pues que escribió lo más y lo mejor de su obra en arábigo, que era entonces —diga lo que quiera Louis Bertrand— la lengua política y cultural predominante de la civilización mediterránea. Se dice que Maimónides es filósofo español en el segundo sentido, porque nació en Córdoba, y porque dejó profundísimo surco en el alma de nuestro pueblo, tanto que por donde quiera se encuentran resonancias y ecos de sus palabras, en las obras de moros, judíos y cristianos españoles; en muchos casos, probablemente, sin que los influidos hayan tenido contacto directo con el autor de la GUÍA DE LOS DESCARRIADOS. Hay hombres, y Maimónides es uno de ellos, que pasan por el mundo dejando empapada la atmósfera espiritual con el vaho de sus inquietudes, de modo que las gentes lo respiran y absorben, porque está en el aire, aun sin tener noticia clara de su presencia.

El académico corresponsal de la Real de la Historia Don Ignacio Bauer, decía en la Introducción a la inconclusa GUÍA DE DESCARRIADOS, de la que sólo se publicó la primera parte, en Madrid: "Maimónides fue el primer español. Ese sentimiento trágico de la existencia que, rechazando los habituales conceptos de optimismo y pesimismo, pone todo su acento en el sentido de la eternidad, en el anhelo de que el ser no desaparezca, de eternizar el propio yo..., es esencialmente hispánico, y a pesar de tener su base estoica en Séneca, sólo con Maimónides adquiere poder de eternidad al integrarse en un sistema, al

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

